



LAURA LÓPEZ ALFRANCA  
ENCIÉRRATE  
CONMIGO



12

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2020

© 2020 Laura López Alfranca

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Enciérrete conmigo](#)

# Enciérrate conmigo

Tras un buen rato de espera en soledad, Thelma había llegado a la conclusión de que la muerte era mucho mejor que su vida. Incluso en aquella extraña sala con una mesa enorme, con silla negra a juego y ese extraño cuadro saliendo de esta; sin ser el cielo prometido por las Sagradas Escrituras, le parecía mucho mejor que la vida terrenal. Prefería aburrirse y sentir un terrible sueño mientras esperaba, que tener... No, no iba a pensar en su vida anterior. Es más, si iba a tener una nueva vida en el Paraíso tras demostrar su modestia y temor de Dios, ya no necesitaba preocuparse por su curiosidad. Ya nadie la azotaría por ella y eso le hizo sentirse como nunca. Nadie la castigaría por... por existir, mucho menos tras ascender. Decidido: iba a ser quien siempre había deseado. Eso le hizo resplandecer de felicidad, literalmente. Le gustó tener un arcoíris en el corazón y verlo brillar. Al final, a pesar del sufrimiento, tenía la sensación de que podría ser feliz de verdad. Se estremeció y no pudo evitar un gritito de alegría.

Se levantó, se sentó en la gran silla de enfrente y tocó el cuadro, que era completamente negro. Al hacerlo, de pronto le mostró algo... No creía que fuera arte, porque eran formas geométricas con nombres abajo.

—Oh, brujería —se dijo sin miedo. Eso era extraño, hasta no hacía mucho, la palabra le hacía temblar.

Siguió tocando hasta que apareció un rectángulo gris, que contenía varios chiquititos. Había cuatro ceros rojos separados y una cara amarilla; no debía de tener muy buena salud. Pulsó y de pronto aparecieron números de diferentes colores. Volvió a presionar y apareció un cuadrado rojo con un punto negro, el rostro tenía mala cara. Pobre criatura. Iba a llorar por él, pero aguantó.

—Lo siento, amigo.

Lo acarició para consolarlo y, de pronto, todo volvió a estar como al principio, incluso la cara amarilla sonrió otra vez.

—La verdadera brujería es muy extraña, pero no parece

especialmente diabólica —se dijo no muy convencida, y volvió a apretar con el dedo.

Tras unas cuántas pruebas, entendió que aquello debía de ser una especie de juego pernicioso a la par que divertido. No supo cuánto estuvo así hasta que sintió una barbilla en su hombro, ni se sobresaltó. Debía reconocer que le gustaba esa nueva faceta.

—¿Sabes? También me aficioné al buscaminas cuando llegué aquí —aseguró la mujer con una sonrisa—. Incluso tras tener tantas consolas, sigue siendo mi videojuego favorito.

La miró; era una mujer hermosa de piel tostada, cabellos negros, ojos verdes y rasgos afilados. Sus ropas eran extrañas, un tanto impúdicas y cómodas. Empezaba a temer que todos hubieran tenido razón con ella y hubiera acabado en el infierno. Incluso así, la perspectiva no la asustaba.

—¿Consola? ¿Es otro invento malvado? —preguntó Thelma con curiosidad.

—Espera... —pidió la mujer y revisó dentro de lo que parecía papel amarillo, largo y doblado para contener papeles más pequeños. Debía ser rica si podía permitirse semejante lujo—. Según las notas, te hemos rescatado en plena época de colonización estadounidense y durante la caza de brujas.

—He entendido la caza de brujas, pero todo lo demás me confunde.

Thelma torció el gesto, lo había dicho con mucha ligereza.

—La muerte nos quita el miedo. Se llama cerebro reptiliano, ¿sabes? —aseguró la otra mujer y con un movimiento, la invitó a sentarse—. Por lo que no debes temer, has llegado al lugar adecuado para ti.

Entonces eso explicaba todo: no había reptiles del miedo en su cabeza. ¿Los reptiles se podían considerar demonios también? Negó con la cabeza. Debía ir poco a poco para descubrir lo que realmente ocurría. Por suerte, su interlocutora parecía dispuesta a hablarle.

—Esto no parece el paraíso de las Sagradas Escrituras. —La retó con una sonrisa. Era una amiga, no una jueza y la trataría en consonancia.

—No, es la antesala y podrás ir allí una vez que acabemos, si quieres. ¿Te parece bien escucharme? ¿Deseas descansar un poco y cuando despiertes te explico? —inquirió la mujer. Thelma negó con la cabeza—. Entonces, lo primero que debo hacer es presentarme: mi nombre es Safo.

—Encantada, *lady* Safo.

—Solo Safo, por favor. *Lady* es para la intimidad —pidió la mujer con un guiño. No la comprendió, pero le gustaba—. Lo segundo, es que no eres una bruja.

—Al fin alguien me escucha.

Era como quitarse un peso de encima.

—Sin embargo, tampoco podemos catalogarte como una persona mundana.

La miró sin comprender. ¿Eso era bueno? Madre siempre decía que había que tener cuidado con la soberbia, sobre todo las mujeres.

—Eres una persona que jamás llegó a desarrollar un talento maravilloso destinado a inspirar a las generaciones venideras. En tu caso, deberías haber sido una virtuosa de la música —explicó la mujer—. Aunque se les dieron diferentes señales a tus padres, estos no solo las ignoraron, sino que actuaron con miedo. ¿Lo recuerdas?

Thelma negó, no recordaba ningún caso en concreto y su familia siempre había temido al mundo. El pastor y su mujer veían al maligno en cada esquina, incluso en su simiente. Casi podía escuchar a su madre llamándola perezosa porque estaba a punto de quedarse dormida, para luego citar algunos pasajes de la Biblia y golpearla para asegurarse de que escuchaba.

—Así que tenemos dos opciones: puedes ir a descansar en el paraíso de la religión de la que provienes —comentó— o convertirte en un espíritu y musa.

—¿Espíritu? ¿Me convertiré en un ser malvado? —preguntó y eso le disgustó porque no deseaba causar daño a nadie.

—No, no, no. Volverás al mundo terrenal con tus recuerdos y moralidad, no vas a volverte malvada tras la muerte, solo faltaba. —La calmó y ayudó Safo—. Se te mandará a un edificio sensible por

concentrar a músicos y deberás inspirarlos para que sigan sus caminos, tanto para desarrollar su potencial, como su bondad y felicidad. Ya sea presentándote ante ellos o en sus pensamientos con las técnicas que consideres oportunas.

—¿Qué considere oportunas?

—Exacto, eres tú quien escoge la forma y a quién dar tus dones y tu ayuda.

Eso sonaba mucho mejor, sin duda alguna. Bostezó. No sabía si deseaba volver a la vida tras la suya; pero tener un propósito tras la muerte, y tan noble, poco apropiado para alguien como ella... era tentador.

—Cuanto más poder vayas obteniendo, más amplio será tu rango de influencia y podrás trabajar con otras como tú.

Le explicó datos sobre movilidad, poderes como espíritu y otros como musa, conocimientos y habilidades que se le concederían cuando aceptase; además de que despertaría sin el dolor pasado y cualquier trauma que cargase. Sonaba muy bien, pero no podía pensar. Lo que más deseaba era descansar durante una eternidad. Le vino a la cabeza algo que decía la comadrona del pueblo: «para los bebés era agotador entrar en la vida». Debía ser igual de cansado salir de la misma.

—¿Debo decidir ahora? Desearía poder descansar un poco y orar para encontrar la mejor solución.

—Con dormir será suficiente. La oración aquí se hace redundante —aseguró Safo—. En cuanto sientas que recuperas las fuerzas tras tu vida y te decidas a un nivel emocional, aparecerás allí donde corresponde.

Habría deseado preguntarle mucho más, pero volvió a abrir la boca y la mujer la tapó con una manta pesada, mullida y tan agradable como el fuego del hogar. Cerró los ojos y se dejó descansar.

Cuando los volvió a abrir, oyó un ruido muy alto y a alguien gritando. Se preocupó, ¿era el infierno? Miró alrededor y se golpeó la cabeza con una lámpara; siseó, ya podría haber aterrizado en otro lugar que no fuera el techo. Por suerte, eso hizo que los conocimientos vinieran a su cabeza con suavidad, como cuando la

niebla se despliega por encima de la hierba y la cubre.

Escuchó con más atención e identificó que eso no era un grito infernal, sino un tipo de música llamada *heavy metal*. Siguió atendiendo y en su cabeza pudo ver la partitura especialmente compleja de esa canción. Sonrió con orgullo sobre sus nuevos conocimientos; le gustaban mucho. Aunque no estaba satisfecha con solo eso, sentía hambre de más. Ojalá pudiera encontrar la forma de añadir más sabiduría a su cabeza. Estaba permitido y aplaudido, como su cabeza le dijo en sus recuerdos.

Estaba bien que tuviera forma de consultar sus dudas mentalmente.

Miró hacia abajo y reconoció que se encontraba en un cuarto de estar. Se concentró: España, Madrid, un edificio antiguo —por las paredes y el ladrillo que vislumbró por sus nuevos poderes—. La decoración del cuarto de estar era más bien clásica, pero la televisión era de ese año. De pronto, sintió en su corazón la música del mundo y lloró conmovida por su indescriptible belleza. Era otro idioma que comprendía a la perfección, uno que hablaba directamente al corazón y ella debía traducirlo para llevar felicidad a otras personas. Suspiró y dejó de mirar con su vista, su alma podía ver las melodías y las historias que las acompañaban: podía percibir personas ancianas con talento sin explotar, gente más joven perdida en sus caminos y pequeños que no habían florecido. No solo humanos, sino criaturas que en vida había considerado perversas y las habría temido. Suspiró, aliviada de poder aprender de nuevo y mejor de aquel mundo que, de pronto, se le antojó inmenso aunque estuviera limitado a varias casas. Podría descubrir de primera mano la evolución de las sociedades, los nuevos inventos... Conocer. Conocer sin que nadie decidiera que debía ser quemada.

Iba a dar las gracias a Dios, cuando de pronto alguien empezó a golpearla con fuerza con una escoba por el costado. La música había cesado, la del mundo y la de la casa.

—¡Lo que me faltaba, un fantasma malvado para encantar el piso!  
—exclamó una anciana de voz rasposa sin dejar de atizarla.

—¡No soy malvada!

—Niña, no mientas, seguro que te ha mandado la del tercero. Voy

a quejarme de ella en la junta de vecinos del viernes, ¡su, su, su... fantasma! —insistió—. ¡Vete antes de que te exorcice y te duela más!

—¡Con la escoba estoy más que servida! ¡Basta!

Thelma cogió el arma mortal, pero la anciana de pelo cano, rostro arrugado y expresión dura no cedió. Tiraron la una por cada lado, pero aquello parecía un empate imposible de solventar.

—Mire, *lady*... No sé su nombre.

—María Dolores Candelaria García de Lope —se presentó la mujer.

La fantasma suspiró, no iba a recordar la mitad. No era capaz de distinguir entre los diferentes evangelios, a pesar de una vida dedicada a leerlos, como para aprenderse algo tan largo en poco tiempo.

—*Lady* Dolores, ¿es ese el nombre de su familia?

—García, hija, para ser un espíritu malvado, esperaba un poco más de profesionalidad en esto de encantarme —se quejó la anciana—. ¿Sabes quién es un buen espíritu malvado? La Mónica de la calle Sagasta, deberías aprender de ella.

—¡No soy un espíritu malvado! ¡No tengo que fijarme en otros! —se quejó la fantasma—. *Lady* Safo dejó muy claro que volvería con mi moral intachable.

—¿*Lady* Safo? ¿Eres una musa? —preguntó la mujer y cuando asintió, se rio—. ¡Al fin! ¡Llevamos años pidiendo al menos tres para cada parte del edificio! ¿Tú en qué te especializas?

—Me dijeron que debería haber sido una virtuosa en la música, así que es lógico decir que soy de esa área, ¿no?

Thelma se sentía confundida con el cambio de aquella conversación y la facilidad con la que la mujer de nombre largo había aceptado su ser. De pronto, percibió una serie de notas provenientes de la mujer y sonaban de forma extraña. Era parecido a cómo había escuchado la música del mundo, pero solo en ella... Un solo en fa menor de una anciana bruja que recoge a los miembros sobrenaturales descarriados. Era hermosa y le gustaba, por lo que supo que con la anciana pasaría igual. Cuando la melodía se volvió más íntima, cortó la conexión. Se merecía un poco de

intimidad. Tembló, parecía que, aunque se habían asegurado de curarla de sus problemas, los hábitos se seguían manteniendo.

—Sí, esos dedos no engañan a nadie. Agárrate y te bajo —pidió.

Lo hizo y, para su sorpresa, arqueó la escoba con facilidad. La hizo descender con delicadeza y el aterrizaje fue mucho más agradable que el que se dio contra la lámpara. Su sonrisa era muy cálida y agradable, muy diferente al gesto que le había dedicado hacia unos momentos.

—Por favor, llámame Cande. ¿Y tú eres?

—Thelma.

—¡Ay, Telma, como una de las protagonistas de mi peli favorita! ¿Has visto ya alguna película?

—No, acabo de despertar a la vida y...

—¡Vaya, habrá que ponerte al día! También de series, mi sobrino Lopito me ha aficionado a una maravillosa sobre dos chicos guapos venciendo a seres sobrenaturales, está todo tan mal, que te ríes —prosiguió.

—¿Series?

—Y libros, ¿los libros te gustan?

—No he leído muchos.

—Nada, otra cosa en la que tendremos que ayudarte mis sobrinos y yo. Porque debes saber que todos los niños de aquí son mis sobrinos, no importa si son de sangre o no... Eso no te importa; volvamos a los libros. Tienes que aficionarte a Stephen King.

Mientras seguía hablando, la anciana tiró de sus manos y la llevó hasta la cocina. La sentó en la mesa de camilla que ocupaba la mitad del espacio y empezó a trastear con los fogones, sin dejar de hablar.

—Aunque todos los pisos son buenos lugares para dormir, en el mío pasan más estudiantes de música.

Parecía que de pronto la quería con ella.

—Si te quedas a hacerme compañía, te prometo que haremos un horario para la música. Tengo entendido que las musas necesitáis mucha inspiración y os nutrís así, ¿no?

No quedaban dudas de que la quería a su lado. Se habría negado, pero ¿por qué no darle una oportunidad? Tal vez ella

podiera ayudarla a conocer más. Sobre todo, porque era un espíritu musical que había escuchado su primera canción no relacionada con los himnos de la iglesia de su familia tras la muerte.

—He preguntado si así os nutrís —insistió Cande.

—No solo con eso —respondió sin dudar—. También con comida.

—¡Perfecto! Tenemos que hacerte engordar, Telma. Te veo muy delgada, mi niña, ¿no te alimentabas como debías en vida?

—Me temo que no, había mucha hambre y la mayor parte de la comida iba para los hombres. La música se consideraba un invento del diablo —explicó Thelma con pena.

—¿Tus padres tenían problemas con el *rock*? Ya verás cuando te enseñe el *jeví*.

—No lo he escuchado nunca, pero seguro que sí —prosiguió el fantasma.

El estómago le rugió al ver delante de ella un festín como jamás había visto, porque además el nombre de los platos los sabía con ese conocimiento heredado y no saboreado de las cosas: filetes empanados de pollo con patatas, una ensalada enorme, batido de fresa y arroz con leche para postre.

—Empieza a comer, voy a traer el estéreo que me regaló mi Lopito Lupín por mi cumpleaños, vamos a ver si coges kilos —pidió la mujer.

Tras estar convencida de que aquella iba a convertirse en su casa, decidió que no iba a tener recato. Miró a su plato y obedeció con voracidad a la orden. Estaba delicioso y no dudó en expresarlo audiblemente. Además, daba igual que se acabara los filetes de su plato, aparecían mágicamente muchos más y los iba devorando con ansia; ojalá pudiera aprender esa clase de magia.

Cuando sintió sed para beber el batido ese, se dio cuenta de que tenía las manos llenas de grasa. Miró alrededor para ver cómo podía limpiarse y, delante de ella, apareció una mano con un trozo de tela blanca y en apariencia suave. Levantó la cabeza y se quedó sin respiración... ¿O no la tenía por la muerte? Daba igual, la cuestión era que su fascinación por aquella criatura era palpable. Delante de ella estaba el hombre más guapo del mundo. Si hubiera seguido en su hogar, habría apartado la mirada con pudor y habría

fingido no interesarse, sin dejar de mandarle miradas de soslayo. Le pasó por unos momentos, había agachado la cabeza. Él no lo habría notado, pero ella sí y se enfadó: tenía que cambiar. Para demostrar que lo había conseguido, Thelma sonrió y no apartó los ojos, se recreó en cada detalle de la hermosa visión ante ella. Tenía el pelo de un castaño muy claro, con unos cuantos mechones por la frente. Los ojos eran entre verde y azul, el rostro delgado, cuadrado —que decían los pintores— y de rasgos fuertes y duros. Puede que le hubiera dado miedo si esos labios gruesos no le sonrieran con picardía y dulzura a pesar de los dientes algo puntiagudos, perfectos y blancos. Estaba sentado a su lado, pero se le vía ancho y alto, con los brazos fuertes para abrazar y las manos de dedos largos tenían callos. Miró al suelo, al lado de sus pies y vio la funda de un violín.

Se concentró en la música que traía consigo para poder conocerlo mejor, pero no fue muy lejos, no sin permiso: hombre lobo, violinista, con cierta melancolía, incapaz de callarse y temor a no conseguir ser reconocido. Iba a tener trabajo con él. Cuando escuchó acordes suaves y delicados sobre lo que pensaba de ella, los apartó con un movimiento de su cuerpo. No, una cosa era ser libre y otra una maleducada incapaz de dejar un espacio personal a los demás.

—¿Has quedado completamente saciada o necesitas más tiempo? —preguntó con un tono travieso y con una voz grave preciosa.

—Pues no lo sé, todavía estoy acostumbrándome a este nuevo estado —dudó la fantasma y tomó la servilleta—. Lo siento, voy a tener que aprender nuevos modales acordes con esta época.

—Y yo que creía que te había gustado, me estaba haciendo ilusiones.

—Eso también —reconoció ella con una risa y le hizo una inclinación—. Soy Thelma, la nueva musa musical y que solo tiene conocimiento teórico de su nuevo oficio.

—Lope, violinista no demasiado dado a triunfar. Hacemos juego —aseguró con una chispa de melancolía en la mirada.

—Eso me temo, no sé cómo aprender lo que no sé todavía de música.

Se miraron en silencio, hasta eso era agradable. Aunque podía escuchar de fondo los acordes que lo definían, prefería esos ojos sinceros.

—¡Lopito Lupín! —saludó la anciana trayendo un aparato de color rojo. Lo dejó a un lado y atrapó en un abrazo poderoso el cuello del hombre, que no se resistió—. ¿Has visto lo guapo que es? Y talentoso, luego le pediré que toque para ti.

—Tía... —pidió el hombre, pero estaba rojo de cierta vergüenza y porque le faltaba aire. No necesitaba preguntarle si era sobrino de Cande entonces.

—Tienes que ayudarlo a llegar lejos, ¿de acuerdo? Muy lejos, no hay muchos hombres lobo músicos y se merece todo y más.

—Lo dice porque soy su mimado —dijo el hombre cuando consiguió librarse del abrazo—, por ser el más pequeño de la manada y el más sensible.

La fantasma escuchó y, si bien había tonos de recuerdos desagradables, Lope no sentía amargor por aquello. Solo escuchaba la preocupación por estar perdiendo el tiempo con su arte.

—Claro que eres mi mimado, ¿no lo tendrías también entre algodones? —le preguntó a Thelma. Tras volver a mirarlo de arriba abajo con descaro, asintió—. Muchacha, esa forma de actuar me recuerda a los sesenta, ¿seguro que no escuchaste jamás algo de *rock*?

—Por lo que sé, no se inventó cuando vivía —prosiguió ella.

Tampoco conocía lo que había existido cuando ella respiraba, no de la forma en la que importaba.

—Vaya con mis despistes, ni te he preguntado por ti, ¿podrás perdonarme? ¿Quieres contarnos lo que has vivido? —pidió Cande.

Los recuerdos de la joven se agolparon, tuvo que agachar la cabeza. Sabía que estaba a salvo, nadie podría hacerle un daño así... de nuevo... sin que ella pudiera defenderse. Sin embargo, sabía que ese dolor siempre la acompañaría de alguna forma.

—La verdad es que prefiero no recordarlo —reconoció ella.

Esperaba insistencia, por lo que bajó la cabeza para poder reunir fuerzas para poder responderles, no que le respondieran con un

silencio desdeñoso y cruel. Quizá, aunque ella estaba muerta y no sintiera miedo, la pena podía lograr una emoción parecida a esta.

La música volvió a inundar esa casa. Sin embargo, esta vez fue un sonido suave y más sedoso al oído, una melodía capaz de acariciar el corazón, para consolarlo. Thelma alzó la mirada hacia Lope, que tocaba para ella y todavía mantenía un poco de aquella sonrisa traviesa.

«Todo iría bien —le dijo esa canción—, no debes preocuparte, porque estaremos juntos y nos ayudaremos. Esta es la promesa que te hago. La cumpliré hasta que se acabe el mundo».

Su corazón se llenó de calor y optimismo. Por primera vez en su vida y eternidad, podía presumir de sentir esperanza gracias a la composición de ese hombre. Los ojos se le llenaron de lágrimas emocionadas, a juego con la enorme sonrisa de su cara. Esa era la clase de talento que debía alentar. Por eso, la fantasma le hizo otra promesa cuando le siguió con su voz: «conseguiría que él alcanzase su anhelo, no importaba lo que le llevase». Deseaba que esa canción llegara a otras personas, para que tuvieran un rayo de luz en medio de la oscuridad.

Cuando acabaron, se miraron a los ojos. Lope respiraba como si hubiera corrido durante demasiado tiempo, luego escapó por la puerta y tiró una silla por el camino mientras se reía. Cande la miró con ojos al borde del llano y un puchero en sus labios.

—Llevaba tanto sin verlo correr a por su cuaderno para componer, gracias —aseguró la anciana—. Decidido, tienes que quedarte conmigo por lo que has hecho por mi Lopito.

Una decisión en la que Thelma no tuvo voto, pero que tiempo después, supo que sería una de las mejores de su vida.

Decir que la muerte era completamente diferente a su vida era quedarse corta. Thelma abrazó su nueva situación con una felicidad que jamás creyó posible, porque tenía todo lo que había deseado durante una vida llena de sombras.

Tenía una familia en Cande y sus sobrinos, la despertaban por las mañanas de su estado de escarchamiento fantasmal, en la que apenas podía moverse a causa de la capa de hielo que la cubría; problemas de no ser capaz de crear calor por sí misma. Cuando la limpiaban, le dejaban un enorme plato o bol de algo maravilloso delante, mientras escuchaban música de cualquier tipo. Malditos ritmos actuales, estaba obligada a bailar siempre que escuchaba algunas canciones. Era imposible resistirse a esa tentación y Thelma no estaba para más privaciones. Con un poco de suerte, Lope estaba cerca y se convertía en su pareja, porque algunas de esas melodías demandaban esa clase de sacrificios y era un insulto a su trabajo.

Amigas. Por primera vez podía decir que había conocido a personas que la comprendían o, si no lo hacían, se esforzaban. Le encantaba Luisa, la escritora del 3.º D; escritora de grandes novelas románticas de varios siglos, bajo varios seudónimos. Le pedía que le contase cosas de su vida, aquellas que no le dolieran y le hablase de lo que le gustaba de la de ahora:

—Pues Lope y yo hemos comenzado una nueva composición, se nos ocurrió tras ver nuestra serie favorita. La de los cazadores de monstruos en la que todo está mal —le contaba casi siempre—. Es maravillosa, ya te pasaré la maqueta cuando la tenga.

—Siempre volvemos a Lope y a la música, ¿te das cuenta? —La molestaba. Aunque se sonrojaba, no se permitía achantarse.

—Estoy muy orgullosa de mi trabajo con él.

—Y de él.

—Siempre.

—Y eres adicta a que te abrace con esos brazos fuertes y masculinos que...

Siempre acababa tirándole el cojín para callarla, pero tenía razón. No iba a esconder que Lope y la música eran sus dos grandes pasiones.

Si lo pensaba con seriedad, en verdad había ocurrido de forma gradual, casi sin darse cuenta: empezó con cosas tan tontas como que Lope hechizase una manta para que cuando durmiera en el techo no se levantara tan helada; luego, si estaba en casa por las

mañanas, solía animarla con alguna de sus canciones favoritas mientras ayudaba a descongelarla; los bailes juntos a cualquier hora del día; por la noche, tras trabajar en la música de él, se acurrucaban a ver series y se dormían juntos... Llegó un momento, en que el músico le dio una charla con gran seriedad:

—Telma, preciosa, esto no puede seguir así —fue lo que le dijo mientras la atiborraba a tarta de chocolate—. No podemos estar todas las mañanas perdiendo el tiempo descongelándote.

—Lo sé, pero es parte de eso de ser una musa fantasmal. No hay nada que podamos hacer.

Al principio pensó que era una de sus pantomimas, lo solía hacer de cuando en cuando.

—Hay algo, preciosidad —respondió—. Si duermes conmigo te levantarás caliente y no acabarás chocándote contra el techo al tener algo a lo que aferrarte.

—Lo que acabas de decir suena entre una de tus bromas guarras, una insinuación de algo que no entiendo por falta de conocimientos y que quieres aprovecharte de mí.

—Eso siempre, pero no tiene nada que ver con lo que te estoy contando. —La retó con una sonrisa traviesa—. He comprobado que si te abrazas a mí, no pierdes calor y no te chocas con el techo.

—Podría ser... —No lo tenía muy claro, porque si se dormía a su lado no despertaba hasta el día siguiente—. Tal vez si le pregunto a alguno de los niños...

—No, mi ángel —negó con rapidez—. Me temo que solo vale si te abrazas a mí.

—¿Por qué?

—Porque alguna ventaja tengo que sacar de haber tenido tan buena idea, ¿no? —respondió el muy listillo.

—Si quieres que duerma contigo, dilo —lo retó la fantasma—. Somos muy mayores para andarnos con juegos.

—Vas a dormir conmigo, no lo dudes.

—¿Y esa salida?

—Porque me adoras y te encanta despertarte abrazada a mí.

—Eso lo sabíamos también, ¿es el día de las conversaciones redundantes? —insistió Thelma.

Al final se rieron, siempre acababan igual. Aunque en aquella ocasión, empezaron a dormir juntos en la cama de él y, ciertamente, no hubo más congelaciones, pero sí buenos despertares con música variada. A lo sumo, hubo que aguantar más bromas por parte de los demás. Nada a lo que no estuvieran acostumbrados.

Si le hubieran preguntado a la dichosa fantasma, no habría sido capaz de secuenciar ningún momento de su relación con Lope, porque todo venía de forma natural, nunca se forzaba. Solo podía situar con exactitud su primer beso, porque era un gesto que jamás había ofrecido a nadie y fue a raíz de una conversación anodina, como todas las demás.

Todo comenzó al mirar los retratos que habían hecho los pintores del edificio. Era una sensación extraña, porque jamás se había visto en un espejo y su madre siempre le cortaba el pelo para luchar contra la banalidad de la mujer.

—¿Y a ti qué te pasa hoy, preciosa? —le preguntó Lope y le enseñó los bocetos—. Son buenos trabajos.

—Me gustan más los abstractos. Es más fácil con las impresiones que causo que con... ¿mi cara es así? —preguntó y le enseñó uno de los retratos.

—No, así exactamente no —comentó el músico. Se sentó delante de ella y, con su eterna sonrisa adorable, le ordenó—: cierra los ojos, te llevaré en un *tour* maravilloso por tu belleza.

Thelma obedeció sin evitar una carcajada. Ese tipo de cosas eran muy típicas del hombre lobo. Sintió su mano en su cabeza, acariciándola donde debería estar el pelo.

—Lo tienes muy corto, pero es rojo como el sol al atardecer. Sé que es una metáfora típica, pero no se me dan bien las palabras.

—Por eso mi madre me lo cortaba y me obligaba a taparlo: era una señal de ser una bruja. —Suspiró. Él y Cande eran los únicos que sabían lo que pasó en su muerte.

—Lo sé, por eso nunca te llamo pelirroja. Me encantaría, te pega.

—Con preciosa y fantasma me vale.

—¿Y musa?

—También.

Él le acarició los bordes de su rostro con los índices y la animó,

su tacto cálido siempre lo conseguía.

—Tienes una cara redonda y preciosa, cuando sonrías, te salen hoyuelos en las mejillas.

Se las besó con lentitud. El cuerpo de ella tembló de tonta felicidad. Quiso abrazarlo, pero sintió la mano de él dándole unos golpecitos en las suyas para que fuera paciente. Obedeció, ya podría ser algo bueno.

—Por tu nariz enana...

—No es tan enana.

—Microscópica, pero graciosa —aseguró él—. Está llena de pecas preciosas que cuando te despistas, dejan ver tu naturaleza de musa y brillan con diferentes colores.

Siguieron los besos, que ascendieron hasta sus párpados.

—Tus ojos son entre castaños y verdes, me gustan cuando me miran —aseguró Lope—, porque en esos momentos, sé que soy la única persona en el mundo para ti.

Luego, sus manos le cogieron el rostro y sintió el aliento cálido y con olor a menta del músico. La besó. El corazón volvió a latir, le gustaba hacerlo en momentos tan mágicos como aquellos. No había hormonas que la pusieran nerviosa o dieran otras sensaciones, sin embargo, como fantasma podía sentir una sensación de alegría mezclada con el alivio de haber conseguido algo que llevaba mucho esperando.

—Oficialmente soy una ramera de Satanás. —Se rio ella al recordar las palabras de sus padres—. No está mal, lobito.

—¿Qué no está mal? ¿Acaso he perdido mis poderes de seducción? —se quejó él con el ceño fruncido, pero sin dejar de sonreír.

—Oh, no está mal... —Thelma chasqueó su lengua y negó con la cabeza—. Quizá si lo volviéramos a repetir más tiempo y despacio, entonces...

No la dejó acabar dándole otro beso un poco más voraz y mezclado con más carcajadas. Eso era todo lo que habían deseado.

Sin embargo, fue el inicio del fin para la fantasma. Pronto, Lope empezó a triunfar con su arte en las redes y todos deseaban escucharlo en directo. Por lo que pasaba cada vez menos tiempo en

casa a su lado. El músico era tan feliz, que antes se habría dejado quemar por segunda vez, que permitido atarlo a esa casa. Ella no podía salir, al menos hasta un par de centurias más, y él era un hombre lobo, necesitaba ser libre y tener un bosque al lado. Era la naturaleza misma de Lope, negarla solo podría conducir a un gran dolor. Justo como el que sentía al darse cuenta de que hacer lo correcto era mucho peor de lo que nadie le había advertido.

Así que convocó en una reunión a Cande y a Luisa para hablar con ellas sobre la situación:

—Voy a romper con Lope. —Cuando fueron a reprocharle su actitud, ella las acalló—: No puedo retenerlo aquí tras hacerlo triunfar.

—A él eso le importa poco —se quejó la tía de todos.

—Le acabará importando, lo sabéis. No puedo permitir que me convierta en algo que lamentar, eso me pasó durante mi vida, me niego a que se repita en la muerte —explicó la fantasma.

—Si estás tan segura de tu decisión, ¿qué coj...? —preguntó Luisa.

—¡Esa boca! —advirtió Cande.

—¿Cojines hacemos aquí? ¿Por qué no puedo usar palabrotas si no hay críos delante?

Se callaron al ver a la pobre fantasma echarse a llorar desconsolada.

—Para consolarme porque voy a romperle el corazón.

Así comenzó el luto por su relación, la cual finalizó una semana después, cuando Lope le dijo que iba a irse de gira y volvería en unos meses. Un suspiro para un ser inmortal como ella, dijo.

El problema de estar muerta, era que las cosas se recordaban con completa exactitud, aunque en el momento todo fuera un maremágnum de gritos, reproches y dolor. La lógica se había marchado de aquel cuarto horas atrás y, aunque Thelma intentó hacerle comprender que era por su bien, Lope negaba con la cabeza y gritaba furioso:

—¿Por qué lo reduces todo a estar encerrado aquí contigo? ¡Me encanta estar a tu lado!

—¡Lo acabarás aborreciendo y a mí también! ¡Tienes derecho a

salir al mundo y triunfar!

—¡El trato no era renunciar a ti o a mi música! ¡No había ningún trato en la mesa!

—¡La vida no funciona así! ¡Lo sabes!

Tras varias horas más repitiendo los mismos argumentos, Lope se rindió. Con los ojos llorosos y con rencor, se fue de casa y no volvió hasta la noche. De Thelma apenas quedaba una décima parte, porque se había encogido y arrugado de tanto llorar.

Los niños, Cande y Luisa salieron de la habitación de los dos y se quedaron muy discretamente escuchando tras la puerta.

—La vida no hará tratos, pero tú y yo vamos a hacer uno aquí y ahora —le demandó el hombre sentándose ante ella. Cuando la abrazó al verla tan mal, supo que le concedería lo que quisiera por su bondad—. Si se diera una situación en la que me quedara encerrado...

—¡No se te ocurra! —gritó ella, aterrorizada, un terror visceral que te agarraba las tripas, aunque ya no las tuvieras.

—No, no haré nada de eso. Sin embargo, si ocurriera algo que me obligara a no salir...

—¿Cómo un apocalipsis zombi? —sugirió alguien tras la madera y otros chistaron.

—¡Eso, un apocalipsis zombi! Esos pobres cabrones... — prosiguió Lope.

—¡Esa lengua, te la lavo con jabón! —advirtió Cande tras su escondrijo.

—Están a nada de una revolución. Si pasara algo así, si se revelaran y nos quedáramos encerrados en una casa, si estuviéramos en la misma situación.

—Algo muy complicado y solo si fuera algo forzado —reconoció la fantasma intentando desplegarse. No iba a ser posible hasta que no volviera a beber.

—Si ocurriera, ¿lo podríamos volver a intentar? ¿Me darías una oportunidad para reconquistarte?

Le tendió la mano para que la estrechara y cerraran el trato. Thelma lo hizo, jamás ocurriría esa situación y, aunque perdiera al hombre de su muerte, él tendría una oportunidad de vivir algo

mucho mejor. Por mucho que le doliera, se olvidaría de ella.

—¡Ualaaa! La nueva mansión del tío Lope es enorme —comentó Tatiana a su lado.

—Pues la nueva novia es preciosa, ya la querría para mí —se quejó Ala con un suspiro.

—Pues decirle que vais a pasar la cuarentena con ellos —se quejó Thelma. Procuraba no pensar en su corazón triste, hecho un gurrño en alguna parte de su pecho, sin ganas de sentir mucha alegría—. Por favor, tenemos que acabar con todas estas latas para la reserva del edificio.

—Venga, no es para tanto... —insistió una de las crías, la otra asintió.

—Mirad, Cande va a volver con ese maldito carro mágico de Doraemon cargado de verduras y tendremos que lavar más cosas, apretad un poco y trabajad.

—Esto es explotación infantil, ¡voy a llamar a servicios sociales! —gritaron las niñas mientras salían de la cocina. Maldita adolescencia gastaban.

—¡Hazlo, te sacarán de aquí porque no podéis tener a una fantasma cuidando de vosotras! ¡Solo vivos! —gritó Thelma al borde de sus fuerzas—. ¡Y haré una fiesta por librarme de vosotras!

No tenía paciencia con ellas, no sabía por qué y eso que comprendía que estaban mal a causa de la cuarentena. Solo llevaban una semana y había un ruido blanco en vez de la música del mundo. Intentaba inspirar a los del edificio, pero le costaba mantener los ánimos. Ojalá fuera más sencillo.

Se apoyó contra la pared e intentó conjurar a la música, pero su magia estaba seca, como su interior. Se le escurrió una lágrima tonta, que se apartó con un bofetón. Tocaba ser fuerte, con o sin ayuda... La ayuda habría sido bien recibida, la verdad.

Llamaron a la puerta. No evitó un gruñido por tener que trabajar el triple para limpiar las verduras. Cosas de ser la única que no

podía infectarse. Insistieron otra vez, cada vez con más impaciencia.

—¡Ya voy, Cande! —se quejó la fantasma mientras abría la puerta—. Voy a matar a tus sobrinas, no están...

El corazón volvió a latir al ver la sonrisa socarrona de Lope. Verla no, estaba bajo una mascarilla, pero siguió allí cuando se la quitó.

—Un trato es un trato, preciosa.

Se lanzó a sus brazos y lo besó. Estuvo a punto de tirarlo, pero poco importaba.

—Sabes que voy a ganar esa apuesta —la retó el hombre mientras metía con una patada las maletas y con otro brazo, abrazaba a las niñas.

—¡Lo conseguiste! —lo saludó Cande uniéndose al grupo.

—¿Sabíais que vendría?

—¿Tú no? Parece que no lo conoces —bromeó la anciana—. Al fin podréis traer un poco de alegría al edificio.

—Vamos a ver si primero conseguimos hacer latir un poco el corazón de la musa, ¿te parece? —preguntó Lope.

Tatiana le tendió la funda de su instrumento. Cuando él sacó su violín en medio de la escalera, con todo el mundo mirando tras las puertas, hubo un momento en el que el mundo contuvo el aliento, expectante. Cuando comenzaron los acordes, el corazón de Thelma volvió a latir y no reprimió sus ganas de cantar y bailar.

Lope iba a ganar esa apuesta, le dejaría hacerlo.